



XIV.

LOS CONSEJOS DE GARDUÑA.

ENTRETANTO, el Corregidor había subido al Ayuntamiento, acompañado de Garduña, con quien mantenía hacía rato, en el salón de sesiones, una conversación más familiar de lo correspondiente á persona de su calidad y oficio.

—¡Crea Usía á un perro perdiguero que

ALFONSO SIVILA

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

conoce la cazal (decía el innoble Alguacil.) La señá Frasquita está perdidamente enamorada de Usía, y todo lo que Usía acaba de contarme contribuye á hacérme-lo ver más claro que esa luz....

Y señalaba á un velón de Lucena, que apenas si esclarecía la octava parte del salón.

—¡No estoy yo tan seguro como tú, Garduña!—contestó D. Eugenio, suspirando lánguidamente.

—¡Pues no sé por qué!—Y, si no, hablemos con franqueza.—Usía.... (dicho sea con perdón) tiene una tacha en su cuerpo.... ¿No es verdad?

—¡Bien, sí! (repuso el Corregidor.) Pero esa tacha la tiene también el tío Lucas. ¡Él es más jorobado que yo!

—¡Mucho más! ¡muchísimo más! ¡sin comparación de ninguna especie!—Pero en cambio (y es á lo que iba), Usía tiene una cara de muy buen ver...., lo que se llama una bella cara...., mientras que el tío Lucas se parece al sargento Utrera, que reventó de feo.

El Corregidor sonrió con cierta ufanía,

—Además (prosiguió el Alguacil), la señá Frasquita es capaz de tirarse por una ventana con tal de agarrar el nombramiento de su sobrino....

—Hasta ahí estamos de acuerdo. ¡Ese nombramiento es mi única esperanzal

—¡Pues manos á la obra, señor! Ya le he explicado á Usía mi plan.... ¡No hay más que ponerlo en ejecución esta misma noche!

—¡Te he dicho muchas veces que no necesito consejos!—gritó D. Eugenio, acordándose de pronto de que hablaba con un inferior.

—Cref que Usía me los había pedido....

—baluceó Garduña.

—¡No me repliques!

Garduña saludó.

—¿Conque decías (prosiguió el de Zúñiga, volviendo á amansarse) que esta misma noche puede arreglarse todo eso?

—Pues ¡mira, hijo!, me parece bien.—
¡Qué diablos! ¡Así saldré pronto de esta cruel incertidumbrel

Garduña guardó silencio.

El Corregidor se dirigió al bufete y es-

cribió algunas líneas en un pliego de papel sellado, que selló también por su parte, guardándose luego en la faltriquera,

—¡Ya está hecho el nombramiento del sobrino! (dijo entonces, tomando un polvo de rapé.) ¡Mañana me las compondré yo con los Regidores..., y, ó lo ratifican con un acuerdo, ó habrá la de San Quintín!—¿No te parece que hago bien?

—¡Eso! ¡eso! (exclamó Garduña entusiasmado, metiendo la zarpa en la caja del Corregidor y arrebatándole un polvo.) ¡Eso! ¡eso! El antecesor de Usía no se paraba tampoco en barras. Cierta vez....

—¡Déjate de bachillerías! (repuso el Corregidor, sacudiéndole una guantada en la ratera mano.)—Mi antecesor era un bestia, cuando te tuvo de alguacil.—Pero vamos á lo que importa. Acabas de decirme que el molino del tío Lucas pertenece al término del lugarcillo inmediato, y no al de esta población.... ¿Estás seguro de ello?

—¡Segurísimo! La jurisdicción de la Ciudad acaba en la ramblilla donde yo me senté esta tarde á esperar que Vues-

tra Señoría....—¡Voto á Lucifer! ¡Si yo hubiera estado en su caso!

—¡Basta! (gritó D. Eugenio.)—¡Eres un insolente!

Y, cogiendo media cuartilla de papel, escribió una esquila, cerróla, doblándole un pico, y se la entregó á Garduña.

—Ahí tienes (le dijo al mismo tiempo) la carta que me has pedido para el Alcalde del Lugar. Tú le explicarás de palabra todo lo que tiene que hacer.—¡Ya ves que sigo tu plan al pie de la letra! ¡Desgraciado de ti si me metes en un callejón sin salida!

—¡No hay cuidado! (contestó Garduña.) El señor Juan López tiene mucho que temer, y en cuanto vea la firma de Usía, hará todo lo que yo le mande.—¡Lo menos le debe mil fanegas de grano al Pósito Real, y otro tanto al Pósito Píol.... Esto último contra toda ley, pues no es ninguna viuda ni ningún labrador pobre para recibir el trigo sin abonar creces ni recargo, sino un jugador, un borracho y un sin vergüenza, muy amigo de faldas, que trae escandalizado el pue-

blecillo....—¡Y aquel hombre ejerce autoridad!.... ¡Así anda el mundo!

—¡Te he dicho que calles! ¡Me estás distraiendo! (bramó el Corregidor.)— Conque vamos al asunto (añadió luego, mudando de tono). Son las siete y cuarto.... Lo primero que tienes que hacer es ir á casa y advertirle á la Señora que no me espere á cenar ni á dormir. Dile que esta noche me estará trabajando aquí hasta la hora de la *quedada*, y que después saldré de ronda secreta contigo, á ver si atrapamos á ciertos malhechores.... En fin, engáñala bien para que se acueste descuidada.—De camino, dile á otro alguacil que me traiga la cena.... ¡Yo no me atrevo á parecer esta noche delante de la Señora, pues me conoce tanto, que es capaz de leer en mis pensamientos!—Encárgale á la cocinera que ponga unos pestiños de los que se hicieron hoy, y dile á Juanete que, sin que lo vea nadie, me alargue de la taberna medio cuartillo de vino blanco.—En seguida te marchas al Lugar, donde puedes hallarte muy bien á las ocho y media...

—¡Á las ocho en punto estoy allí!—exclamó Garduña

—¡No me contradigas!—rugió el Corregidor, acordándose otra vez de lo que era. Garduña saludó.

—Hemos dicho (continuó aquél, humanizándose de nuevo) que á las ocho en punto estás en el Lugar. Del Lugar al molino habrá.... Yo creo que habrá una media legua....

—Corta.

—¡No me interrumpas!

El Alguacil volvió á saludar.

—Corta.... (prosiguió el Corregidor.) Por consiguiente, á las diez.... ¿Crees tú que á las diez?....

—¡Antes de las diez! ¡Á las nueve y media puede Usía llamar descuidado á la puerta del molino!

—¡Hombrel! ¡No me digas á mí lo que tengo que hacer!....—Por supuesto que tú estarás....

—Yo estaré en todas partes.... Pero mi cuartel general será la ramblilla.—¡Ah, se me olvidaba!.... Vaya Usía á pie, y no lleve linterna....

—¡Maldita la falta que me hacían tampoco esos consejos! ¿Si creerás tú que es la primera vez que salgo á campaña?

—Perdone Usía....—¡Ah! Otra cosa. No llame Usía á la puerta grande que da á la plazoleta del emparrado, sino á la puertecilla que hay encima del caz...

—¿Encima del caz hay otra puerta?—
¡Mira tú una cosa que nunca se me hubiera ocurrido!

—Sí, señor. La puertecilla del caz da al mismísimo dormitorio de los Molinos...., y el tío Lucas no entra ni sale nunca por ella. De forma que, aunque volviese de pronto....

—Comprendo, comprendo.... ¡No me aturdas más los oídos!

—Por último: procure Usía escurrir el bulto antes del amanecer.—Ahora amanece á las seis....

—¡Mira otro consejo inútil!—Á las cinco estaré de vuelta en mi casa....—Pero bastante hemos hablado ya.... ¡Quítate de mi presencia!

—Pues entonces, señor.... ¡buena suerte!—exclamó el Alguacil, alargando late-

ralmente una mano al Corregidor y mirando al techo al mismo tiempo.

El Corregidor puso en aquella mano una peseta, y Garduña desapareció como por ensalmo.

—¡Por vida del!.... (murmuró el viejo al cabo de un instante.) Se me ha olvidado decirle á ese bachillero que me trajesen también una baraja! ¡Con ella me hubiera entretenido hasta las nueve y media, viendo si me salía aquel *solitario!*....





XV.

DESPEDIDA EN PROSA.

ERIAN las nueve de aquella misma noche, cuando el tío Lucas y la señá Frasquita, terminadas todas las haciendas del molino y de la casa, se cenaron una fuente de ensalada de esca-rola, una libreja de carne guisada con tomates, y algunas uvas de las que quedaban en la consabida cesta; todo ello

rociado con un poco de vino y con grandes risotadas á costa del Corregidor: después de lo cual miráronse afablemente los dos esposos, como muy contentos de Dios y de sí mismos, y se dijeron, entre un par de bostezos que revelaban toda la paz y tranquilidad de sus corazones:

—Pues, señor, vamos á acostarnos, y mañana será otro día.

En aquel momento sonaron dos fuertes y ejecutivos golpes aplicados á la puerta grande del molino.

El marido y la mujer se miraron sobresaltados.

Era la primera vez que oían llamar á su puerta á semejante hora.

—Voy á ver....—dijo la intrépida navarra, encaminándose hacia la plazoletilla.

—¡Quit! ¡Eso me toca á mí! (exclamó el tío Lucas con tal dignidad, que la señá Frasquita le cedió el paso.)—¡Te he dicho que no salgas!—añadió luego con dureza, viendo que la obstinada Molinera quería seguirle.

Ésta obedeció, y se quedó dentro de la casa.

—¿Quién es?—preguntó el tío Lucas desde en medio de la plazoleta.

—¡La Justicial!—contestó una voz al otro lado del portón.

—¿Qué Justicial?

—La del Lugar.—¡Abra V. al señor Alcalde!

El tío Lucas había aplicado entretanto un ojo á cierta mirilla muy disimulada que tenía el portón, y reconocido á la luz de la luna al rústico Alguacil del Lugar inmediato.

—¡Dirás que le abra al borrachón del Alguacil!—repuso el Molinero, retirando la tranca.

—¡Es lo mismo.... (contestó el de afuera); pues que traigo una orden escrita de su Merced!—Tenga V. muy buenas noches, tío Lucas....—agregó luego entrando, con voz menos oficial, más baja y más gorda, como si ya fuera otro hombre.

—¡Dios te guarde, Toñuelo! (respondió el murciano.)—Veamos qué orden es esa.... ¡Y bien podía el señor Juan López escoger otra hora más oportuna de dirigirse á los hombres de bien!—Por su-

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

puesto, que la culpa será tuya.—¡Como si lo viera, te has estado emborrachando en las huertas del camino!—¿Quieres un trago?

—No, señor; no hay tiempo para nada. Tiene V. que seguirme inmediatamente. Lea V. la orden.

—¿Cómo seguirte? (exclamó el tío Lucas, penetrando en el molino, después de tomar el papel.)—¡Á ver, Frasquita! ¡alumbra!

La señá Frasquita soltó una cosa que tenía en la mano, y descolgó el candil. El tío Lucas miró rápidamente el objeto que había soltado su mujer, y reconoció su bocacha, ó sea un enorme trabuco que calzaba balas de á media libra.

El Molinero dirigió entonces á la navarra una mirada llena de gratitud y ernu-
ra, y le dijo, tomándole la cara:

—¡Cuánto vales!

La señá Frasquita, pálida y serena como una estatua de mármol, levantó el candil, cogido con dos dedos, sin que el más leve temblor agitase su pulso, y contestó secamente:

—¡Vaya, leei

La orden decía así:

«Para el mejor servicio de S. M. el Rey
•Nuestro Señor (Q. D. G.), prevengo á
•Lucas Fernández, molinero, de estos
•vecinos, que tan luego como reciba la
•presente orden, comparezca ante mi au-
•toridad sin excusa ni pretexto alguno;
•advirtiéndole que, por ser asunto reser-
•vado, no lo pondrá en conocimiento de
•nadie: todo ello bajo las penas corres-
•pondientes, caso de desobediencia.—El
•Alcalde:

•JUAN LÓPEZ.»

Y había una cruz en vez de rúbrica.

—Oye, tú. ¿Y qué es esto? (le preguntó el tío Lucas al Alguacil.) ¿Á qué viene esta orden?

—No lo sé.... (contestó el rústico; hombre de unos treinta años, cuyo rostro esquinado y avieso, propio de ladrón ó de asesino, daba muy triste idea de su sinceridad.) Creo que se trata de averiguar algo de brujería, ó de moneda falsa...

Pero la cosa no va con V.... Lo llaman como testigo ó como perito.—En fin, yo no me he enterado bien del particular.... El señor Juan López se lo explicará á V. con más pelos y señales.

—¡Corriente! (exclamó el Molinero.) Dile que iré mañana.

—¡Cal! ¡no, señor!.... Tiene V. que venirse ahora mismo, sin perder un minuto.—Tal es la orden que me ha dado el señor Alcalde.

Hubo un instante de silencio.

Los ojos de la señá Frasquita echaban llamas.

El tío Lucas no separaba los suyos del suelo, como si buscara alguna cosa.

—Me concederás cuando menos (exclamó al fin, levantando la cabeza) el tiempo preciso para ir á la cuadra y aparejar una burra....

—¡Qué burra ni qué demontre! (replicó el Alguacil.) ¡Cualquiera se anda á pie media legua! La noche está muy hermosa, y hace luna....

—Ya he visto que ha salido....—Pero yo tengo los pies muy hinchados....

—Pues entonces no perdamos tiempo. Yo le ayudaré á V. á aparejar la bestia.

—¡Hola! ¡Hola! ¿Temes que me escape?

—Yo no temo nada, tío Lucas.... (respondió Toñuelo con la frialdad de un desalmado.) Yo soy la Justicia.

Y, hablando así, *descansó armas*; con lo que dejó ver el retaco que llevaba debajo del capote.

—Pues mira, Toñuelo.... (dijo la Molinera.) Ya que vas á la cuadra.... á ejercer tu verdadero oficio...., hazme el favor de aparejar también la otra burra.

—¿Para qué?—interrogó el Molinero.

—¡Para mí!—Yo voy con vosotros.

—¡No puede ser, señá Frasquita! (objetó el Alguacil.) Tengo orden de llevarme á su marido de V. nada más, y de impedir que V. lo siga.—En ello me van «el destino y el pescuezo».—Así me lo advirtió el señor Juan López.—Conque.... vamos, tío Lucas....

Y se dirigió hacia la puerta.

—¡Cosa más raro!—dijo á media voz el murciano sin moverse.

—¡Muy rara!—contestó la señá Frasquita.

—Esto es algo.... que yo me sé....—continuó murmurando el tío Lucas, de modo que no pudiese oírlo Toñuelo.

—¿Quieres que vaya yo á la Ciudad (cuchicheó la navarra), y le dé aviso al Corregidor de lo que nos sucede?....

—¡No! (respondió en alta voz el tío Lucas.) ¡Eso no!

—¿Pues qué quieres que haga?—dijo la Molinera con gran ímpetu.

—Que me mires....—respondió el antiguo soldado.

Los dos esposos se miraron en silencio, y quedaron tan satisfechos ambos de la tranquilidad, la resolución y la energía que se comunicaron sus almas, que acabaron por encogerse de hombros y reirse.

Después de esto, el tío Lucas encendió otro candil y se dirigió á la cuadra, diciendo al paso á Toñuelo con socarromerfa:

—¡Vaya, hombre! ¡Ven y ayúdame.... supuesto que eres tan amable!

Toñuelo lo siguió, canturriando una copla entre dientes.

Pocos minutos después, el tío Lucas salía del molino, caballero en una hermosa jumenta y seguido del Alguacil.

La despedida de los esposos se había reducido á lo siguiente:

—Cierra bien....—dijo el tío Lucas.

—Embózate, que hace fresco....—dijo la señá Frasquita, cerrando con llave, tranca y cerrojo.

Y no hubo más adiós, ni más beso, ni más abrazo, ni más mirada.

¿Para qué?



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA N. 14



XVL

UN AVE DE MAL AGÜERO.



IGAMOS por nuestra parte al tío
Lucas.

Ya habían andado un cuarto de legua sin hablar palabra, el Molinero subido en la borrica, y el Alguacil arreándola con su bastón de autoridad, cuando divisaron delante de sí, en lo alto de un repecho que hacía el camino, la sombra

ALFONSO...

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA N. 14

de un enorme pajarraco que se dirigía hacia ellos.

Aquella sombra se destacó enérgicamente sobre el cielo, esclarecido por la luna, dibujándose en él con tanta precisión, que el Molinero exclamó en el acto:

—Toñuelo, ¡aquel es Garduña, con su sombrero de tres picos y sus patas de alambre!

Mas, antes de que contestara el interpelado, la sombra, deseosa sin duda de eludir aquel encuentro, había dejado el camino y echado á correr á campo travieso con la velocidad de una verdadera garduña.

—No veo á nadie.... —respondió entonces Toñuelo con la mayor naturalidad.

—Ni yo tampoco, —replicó el tío Lucas, comiéndose la partida.

Y la sospecha que ya se le ocurrió en el molino principió á adquirir cuerpo y consistencia en el espíritu receloso del jorobado.

—Este viaje mfo (dijose interiormente) es una estratagema amorosa del Corregidor. La declaración que le oí esta tarde

desde lo alto del emparrado me demuestra que el vejete madrileño no puede esperar más. Indudablemente, esta noche va á volver de visita al molino, y por eso ha principiado quitándome de en medio.... Pero ¿qué importa? ¡Frasquita es Frasquita...., y no abrirá la puerta aunque le peguen fuego á la casa.... Digo más: aunque la abriese; aunque el Corregidor lograra, por medio de cualquier ardid, sorprender á mi excelente navarra, el pícaro viejo saldría con las manos en la cabeza. ¡Frasquita es Frasquita!—Sin embargo (añadió al cabo de un momento), ¡bueno será volverme esta noche á casa lo más temprano que pueda!

Llegaron con esto al Lugar el tío Lucas y el Alguacil, y dirigieronse á casa del señor Alcalde.



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA N. 12